

En algunas ocasiones, Renata, ya crecida, cansada de aquel vasto horizonte, llena de inconsciente sensualismo, tornaba los ojos á la escuela de natación de los baños Petit, cuya barca amarrada, parecía esperar los cuerpos desnudos de los nadadores, que se adivinaban á través de las sábanas tendidas á manera de cubierta sobre el establecimiento.

III

Máximo, el hijo de Saccard, continuó en el colegio de Plassans hasta las vacaciones de 1854. Había cumplido los doce años y acababa de terminar el bachillerato, por lo que, su padre, decidió traerle á París, pensando que esto le daría cierta respetabilidad en su papel de viudo rico casado en segundas nupcias.

Cuando comunicó su proyecto á Renata, contestó ésta con acento indiferente:

—Sí, tráete al chiquillo. Nos servirá de distracción. Estas mañanas son tan aburridas...

El chiquillo llegó ocho días después. Era un galopín ya crecido con cara de chica, constitución endeble, aire descarado y pelo rubio claro. Ra-

pado por completo veíase la blancura de su cráneo apenas cubierto por una ligera sombra. Vestía un pantaloncillo corto, zapatos de gañán y una chaqueta ancha y raí la que le hacía medio jorobado. Miraba tímidamente á su alrededor, con aire salvaje y malicioso semblante de chico precoz que vacila antes de salir de su asombro.

Un criado le acababa de recojer en la estación y el chico encontrábase en el salón maravillado ante la vista de tanto dorado y tanto lujo, íntimamente gozoso, cuando Renata, que volvía de casa del sastre, entró como un torbellino en la sala. Quitóse rápidamente el sombrero y el blanco albornoz que cubría sus hombros, mostrándose á los ojos admirados de Máximo con toda la elegancia de su maravilloso vestido.

Máximo creyó que iba disfrazada: llevaba una linda falda azul con volantes, y una especie de casaca de guardia francés, de seda gris. Las vueltas de las mangas y las grandes solapas del corpiño estaban forradas de la misma tela, y como atrevido rasgo de originalidad, grandes botones, imitando záfiro prendidos en lazos azules, caían á lo largo de la levita en dos hileras. El conjunto era raro y encantador á un tiempo.

Renata, cuando vió á Máximo, preguntó al criado; sorprendida al verle tan alto como ella.

—Ese es el pequeño, ¿verdad?

El pequeño la devoraba con los ojos. Aquella señora de piel tan blanca, cuyo pecho se adivinaba entre los pliegues de la chambra, aquella brusca aparición, con su alto peinado, sus manos enguantadas, sus botillos de hombre, cuyos tacones se hundían en la alfombra, le sorprendía y sonrió sin bajar la vista.

—¡Vaya, es gracioso! —exclamó Renata.— ¡Pero es un horror como le han cortado el pelo! Venga usted, amiguito, su papá no volverá tal vez hasta la hora de comer y voy á instalarle... Soy su madrastra de usted, caballero. Vamos, ¿quieres darme un beso?

—Con mucho gusto,—contestó Máximo muy decidido.

Y besó á Renata en ambas mejillas, apoyando las manos en sus hombros. Renata le separó después riendo y exclamando:

—¡Eres muy gracioso, pelón! Seremos amigos, ¿verdad? Deseo ser para ti una madre. ¡Oh! Ya lo tengo bien pensado y esto será delicioso:

Máximo continuaba mirándola sin descanso, y brevemente preguntó:

—¿Cuántos años tiene usted?

—¡Eo no se pregunta nunca, niño! —dijo la joven juntando las manos.—Será menester enseñarte muchas cosas. Por fortuna; aún puedo decir la edad que tengo: veintidós años.

—Pues yo cumpliré muy pronto catorce... Podría usted ser mi hermana.

No continuó su idea, pero bien claro se comprendía que no esperaba hallar tan joven á la segunda mujer de su padre.

Mirábala aún sin pestañear con tal insistencia, que Renata acabó por ruborizarse. Sin embargo, su cabeza de pájaro no lograba retener un pensamiento fijo, y olvidándose de que se dirigía al niño, comenzó á hablarle de sus vestidos, luego continuó:

—Quisiera haber estado en la estación para recibirte, pero figúrate que Worms me ha traído este traje esta mañana, y no me sentaba bien. ¿Te gusta?

Se había colocado ante el espejo y Máximo daba vueltas á su alrededor para contemplarla.

—¿Ves? Aquí, en este costado, me hace una arruga, ¿lo notas? Está muy feo, parece que tengo los hombros desiguales.

Máximo pasaba los dedos sobre la arruga como para estirarla, y su mano de colegial vicioso parecía dormirse con cierto placer en aquel sitio.

—Te juro,—prosiguió Renata,—que no pude aguardar. Hice enganchar, y fui á casa de Worms. Por fin me ha ofrecido arreglarlo.

Después quedóse ante el espejo contemplándose

abstraída, y acabó por decir en voz baja, como si hablase consigo misma:

—Pues sí, parece que falta algo...

Y con un movimiento rápido, plantóse ante Máximo, preguntándole:

—Vamos á ver, ¿qué te parece que falta?

El colegial, animado por aquella confianza, se alejó un paso, volvió á aproximarse, y entornando los ojos, murmuró:

—No falta nada, es muy bonito, más bien parece que sobra algo.

Y trazando con el índice un ángulo sobre la garganta de Renata, prosiguió:

—Yo de usted, abriría algo más estos encajes y me pondría un collar con una cruz muy bonita.

La joven aplaudió la ocurrencia, exclamando:

—¡Es verdad! Lo tenía en la punta de la lengua...

Colocóse nuevamente ante el espejo, y separando un poco la chombra, desapareció un momento y volvió con el collar y la cruz.

—Ahora sí que está bien,—dijo.—¡No eres tonto! Según eso, ¿tú vestías á las mujeres de tu pueblo? Vaya, seremos buenos amigos: pere es necesario que me obedezas. En primer lugar te dejarás crecer el pelo y no volverás á ponerte esa horrible chaqueta. Después seguirás hilis labio.

nes de buenos modales. Quiero hacerte un pollo elegante.

—Sí, sí,—contestó sencillamente el chico;—pues papá es rico y usted es su esposa.

—Bien, pues empezaremos por tutearnos,—dijo Renata.—¿Me quieres mucho?

—Con toda mi alma,—contestó Máximo con toda la efusión de un granujilla afortunado.

Esta fué la primera entrevista de Máximo con su madrastra. El niño no fué al colegio hasta pasado un mes, y Renata jugó con él los primeros días como con una muñeca, le desbastó un poco y el chico puso de su parte todo lo que pudo.

El día que se presentó vestido de pies á cabeza por el sastre de su padre, Renata quedó admirada; estaba lindo como un niño de cera: tal fué la expresión de su madrastra. Solamente su pelo era lo que empleaba gran lentitud en crecer, pues ella decía que la belleza del rostro dependía en gran parte del cabello, y por su parte cuidaba el suyo con gran devoción. Habíala preocupado por mucho tiempo aquel color especial amarillo pálido, parecido al de la manteca fina, pero cuando vino la moda del cabello amarillo, su gozo fué indecible, y para hacer creer que seguía la moda, juraba que se lo teñía.

Tenía Máximo una de esas naturalezas delicadas y precoces en las que los sentidos se desarrollan

prematuramente, y antes de despertarse en él los deseos, apareció el vicio. Un par de veces estuvo á pique de ser expulsado del colegio.

Renata había visto que á pesar de lo mal pergeñado que se había presentado el pelón,—como ella le llamaba,—soseía, volvía la cabeza, y extendía los brazos con soltura. Traía las manos muy cuidadas, que eran delgadas y de finos dedos, y si iba rapado, era por orden del Director del colegio, coronel retirado de Ingenieros. Tenía un espejillo que sacaba del bolsillo durante las horas de clase, y colocándole tras el libro, mirábase los ojos y la boca, haciendo muecas y coqueterías.

Los colegiales se colgaban de su blusa como de una falda, y él se ajustaba de tal modo que tenía el talle delgado y el balanceo de caderas propio de una señorita. Era el colegio de Plassans una madriguera de bandidos infantiles, donde la infancia saca el mal de no se sabe qué origen desconocido. Felizmente, la edad iba á modificarle, pero la huella de sus abandonos de niño, y aquella afeminación de todo su sér, debía quedar y herirle en su virilidad toda su vida.

Su madrastra le llamaba «señorita» sin suponer que seis años antes hubiera dicho la verdad. Encontrábase muy obediente y zalamero, cansándole á menudo con sus caricias. Su modo de besar abrasaba la piel. El mayor encanto que en él ha-

llaba, era su travesura graciosa, atrevida, hablando ya de las mujeres con sonrisas picarescas, haciendo cara á las amigas de Renata, á la querida Adelina, que acababa de casarse con el señor de Espanet, y á la obesa Susana, casada recientemente con el gran industrial Haffner, por quien sintió á los catorce años una pasión, y había tomado á su madrastra por confidente, lo cual la divertía en extremo.

—Yo hubiera preferido á Adelina,—decía la joven;—es mucho más bonita.

—Sí, pero Susana es más gruesa,—contestaba el muchacho.—Me gustan las mujeres gruesas. ¡Debías hablarle tú en favor mío!

Renata se reía, pareciéndole delicioso su muñeco, desde que estaba enamorado. La señora Haffner, llegó un momento en que se tuvo que defender seriamente.

De todos modos, las señoras animaban á Máximo con sus medias palabras y sus provocativas posturas que tomaban delante del niño precoz. Aquellas tres mujeres abrasadas por la pasión en su agitada vida, consagrábanse á la encantadora depravación del chico, tomando su tarea como un aperitivo delicioso. Dejábanle tocar sus vestidos, y sus hombros cuando en la antecámara las ayudaba á ponerse los abrigos, y enseñábanle el arte de la galantería y á ser agradable con las señoras.

Teníanle como un juguete, como un hombrecillo de ingenioso artificio que besaba, sonreía y tenía los más divinos vicios del mundo, con el cual podían divertirse sin peligro.

Cuando empezó el curso, asistió Máximo al Liceo Bonaparte, el centro de enseñanza del gran mundo, que fué elegido por Saccard. El chico, aunque de enfermiza constitución, tenía una clara inteligencia, estudiando todo con afición, menos los libros clásicos. Fué un estudiante distinguido que no descendió hasta la bohemia, correcto siempre y rigurosamente vestido á la última moda.

Presentábase en clase como en un salón, calzado delicadamente, enguantado, luciendo elegantes sombreros y flamantes corbatas. Formaban una veintena de compañeros aristocráticos que mutuamente se ofrecían habanos á la salida, haciéndose llevar los libros por un criado con librea.

Máximo tenía un tilburí y un caballito negro que conducía él mismo, llevando en el asiento posterior un lacayo con los brazos cruzados, que sostenía sobre las rodillas su cartera de estudiante. En diez minutos se plantaba desde la calle de Rívoli á la del Havre, detenía su caballo ante la puerta del Liceo, y daba la brida al lacayo, diciendo: «Santiago, vuelve á las cuatro y media». Los comerciantes vecinos estaban maravillados de la gracia de aquel jovencillo rubio, al que veían

invariablemente dos veces al día llegar y marchar en su coche. Al marchar, solía invitar á que subiese con él algún amigo.

Renata, que se propuso tomar en serio su papel de madre y de institutriz, estaba encantada con su discípulo. Pero verdaderamente, no se tomaba ninguna molestia en perfeccionar su educación. Atravesaba entonces una época de despecho y tristeza profundos; un amante la había abandonado escandalosamente á la vista de todo Paris, para enredarse con la duquesa de Sternich. Entonces redobló sus cuidados para con su hijastro, y se convirtió en el mentor más extravagante que se puede imaginar. Algunos días, ella misma iba á buscarle al Liceo en su carruaje. Guardaban el cartapacio debajo del asiento y se iban al Bosque. Allí le daba lecciones de buen gusto, le señalaba los grandes personajes del Paris imperial, feliz y satisfecho aún bajo la influencia de aquel golpe mágico que había cambiado los granujas de la vispera en millonarios y grandes señores.

Máximo la interrogaba particularmente respecto á las mujeres, dándole ella detalles íntimos: la señora de Guende era imbécil pero estaba muy bien formada; la condesa Van-ka, muy rica, había cantado por las calles antes de casarse con un polaco que la pegaba, y Susana Haffner era la inseparable de la marquesa de Espanet... Renata se

mordía los labios como para dejar adivinar el resto, pues en verdad se contaban cosas de estas dos amigas bastante indecorosas. La señora de Lanwerens, era muy hermosa pero bastante comprometedora.

Máximo quiso coleccionar los retratos de estas buenas señoras y los puso en un album que tenía en su cuarto. Para poner en un aprieto á su madrastra, preguntaba detalles sobre mujeres de equívoca fama, como si las confundiera con las que pasaban por honradas, y ella contestaba que eran temibles seres de los cuales hay que separarse con horror. Complacíase especialmente en hablar de la duquesa de Sternich, á la cual, Renata, destrozaba sin piedad, como rival suya; ¡era una vieja! ¡Y en cuántos enredos estaba metida! Tenía amantes ocultos debajo de todos los canapés, y se había entregado á un chambelán por el capricho de ensuciar el lecho imperial.

Nunca le faltaba tela para cortar en este asunto, y Máximo, la exasperaba, diciendo que la señora de Sternich era encantadora. El discípulo en fin, aprovechaba las lecciones, y lo que más delicioso hallaba, era vivir entre faldas, besugueos y polvos de arroz. Seguía teniendo algo de niña con sus afilados dedos, su imberbe rostro y su cuello blanco y regordete, y á los diez y siete años no había modista que no hubiese visitado aquel raro

engendro, que en clase leía los prospectos del perfumista, hubiera podido sostener una polémica en cuestión de mujeres á esa edad en que los jóvenes de provincias no se atreven aún á mirar cara á cara á su niñera.

Su entretenimiento mejor era acompañar á Renata á casa del modisto Worms, el sastre ingenioso ídolo de las reinas del segundo imperio. El salón del ilustre sastre era espacioso, cuadrado, rodeado de divanes. Allí Máximo sentía cierta veneración religiosa hacia las telas, plumas, encajes y blondas esparcidas sobre los maniqués que confundían sus vaporosos aromas con los de las cabelleras perfumadas. Aquel incienso de carne y de lujo, convertía el salón en misteriosa capilla dedicada á alguna divinidad femenina y misteriosa.

En ocasiones, veíanse obligados á hacer antesala, había allí una docena de parroquianas esperando turno, remojando mientras tanto bizcochos en vino de madera, ó tomando un tente en pie alrededor de una mesa llena de bótellas y fiambres.

Aquellas señoras estaban como en su casa, hablando libremente, como una bandada de cotorras. Máximo era el único hombre admitido entre ellas. Allí disfrutaba de sus más divinos goces, aspirando el perfumado ambiente que traspiraban

con el recogimiento de un niño de coro recibiendo la sagrada comunión.

—Este chiquito se mete por todas partes,—decía la baronesa de Meinhold, dándole cariñosas palmaditas en la mejilla.

Como estaba poco desarrollado, aquellas señoras no le suponían más que catorce años, y se entretenían en alegrarle con el Madera del ilustre sastre, haciéndole charlar cosas tan estupendas que se morían de risa.

Un día la marquesa de Espanet encontró la frase que convenía á la situación, viéndole sentado á su espalda en uno de los ángulos del diván:

—Este niño debía haber nacido chica.

Cuando por fin el ilustre Worms, recibía á Renata, entraba con ella en el gabinete. Alguna vez se había permitido hablar y el maestro se dignó sonreír ante la justicia de sus observaciones, obligando á Renata, en tanto, á colocarse delante del espejo que ocupaba todo un testero, la examinaba atentamente.

El maestro como si súbitamente se sintiera inspirado, exclamaba con frases secas y cortadas:

—Falda redonda... grandes nudos de satén gris, delantero bullonado de tul gris perla reparado por bandas de satén color ceniza... vestido Montespán, completo...

Pero en otras ocasiones, en vano invocaba la

inspiración. Arqueaba inútilmente las cejas, sujetábase la frente con las manos, y desesperado al fin, se dejaba caer ea un sillón murmurando con voz doliente:

—Hoy no puede ser... imposible. El manantial está agotado. Venga, venga usted otro día, hoy no puedo comprenderla.

La selecta educación de Máximo dió por fin su primero y natural resultado: á los diecisiete años sedujo á la camarera de su madrastra. Quedó embarazada, y fué necesario mandarla á su pueblo y asegurarla una pensión. Renata sufrió grandemente con aquella aventura, y Saccard, por su parte, sólo se ocupó del asunto para arreglar la cuestión pecuniaria. La madrastra del joven le reprendió severamente. ¡Comprometerse con semejante muchacha! ¡Qué manera de comenzar tan ridícula y qué calaverada tan vergonzosa! ¡Si al menos hubiese sido con alguna de aquellas señoras!

—¡Qué diantre!—contestó Máximo sencillamente.—Si tu amiga Susana hubiese querido, hubiera sido ella la que habría necesitado marchar al pueblo.

Y olvidando Renata su papel de madre severa, preguntóle sonriendo:

—Dime. ¿Ha sido Adelina quien te ha seducido y quien ha dirigido la escena?...

No terminó. Máximo reía maliciosamente al mismo tiempo que ella, y así salió derrotada moralmente Renata en aquella escaramuza.

Saccard no se ocupaba para nada de los dos niños, como á su hijo y á su segunda mujer llamaba. Dejábales absoluta libertad, teniéndose por feliz al verlos en buena amistad y contentos siempre. El expleado recibía de nueve á once á las gentes más extrañas que puede imaginarse: senadores y pasantes de escribano, duquesas y vendedores de quincalla, personajes de frac y hombres de blusa, acogiendo á todos con el mismo aire afectuoso y distinguido. Despachados los negocios, en dos minutos resolvía veinte dificultades á la vez, y daba soluciones inmediatamente para todo. A las once, salía á la calle, y no se lo volvía á ver en todo el día, almorzaba fuera, y algunas veces también comía, dejando la casa á merced de Renata y Máximo, quienes penetraban en el gabinete del padre, desempaquetaban y abrían en él las cajas de cartón de los proveedores, y colgaban las telas sobre los respaldos de las sillas. Renata hacía enganchar diez veces al día, y aquella vida desordenada de ruido, negocios y placeres atravesaba el hotel como un huracán con su rumor de oro, sedas y encajes.

Aristides Saccard había por fin encontrado lo que buscaba, revelándose como gran especulador

y fabricante de millones. Después del negocio de la calle de la Pepiniere, jugó partidas seguras, comprando inmuebles que sabía iban á expropiar sirviéndose de amigos por lograr buenas indemnizaciones. En una ocasión se reunió con cinco casas de aquellas que había echado ya el ojo cuando era un pelagatos. Pero todo esto era sólo la infancia del arte, cuando hubo aprovechado los arriendos, especulado con los inquilinos y robado al Estado, puso su genio al servicio de planes más complicados.

Ideó el juego de comprar inmuebles por cuenta del Municipio y bajo cuerda. Por una disposición del Consejo de Estado, el Ayuntamiento se hallaba en una situación difícil. Este había comprado muchas fincas con la idea de aprovechar los arriendos, y poder arrojar á los inquilinos sin indemnizarles, pero fueron consideradas como verdaderas expropiaciones, y tuvo que pagar. Aristides, entonces, se ofreció como testaferrero del Municipio, comprando y aprovechando los arriendos, y entregando el inmueble mediante una prima en el momento convenido. Acabó por hacer dobles jugadas, comprando por el Ayuntamiento y para el prefecto, y cuando el negocio era de mucha importancia, escamoteaba la casa, pagando el Estado.

En recompensa á sus servicios, obtuvo Saccard

concesiones de trozos de calles, proyectos de carretera, todo lo cual, traspasaba antes de empezado á construir. Era un juego tirado; jugábanse barrios enteros, y algunas señoras amigas íntimas de altos funcionarios eran de la partida; una de ellas, cuya blanca dentadura era célebre, llegó á roer como ella en muchas ocasiones calles enteras.

Aristides no veía aplacada su ambición, pareciéndole que un mar de monedas de oro se extendía á su alrededor, inundando el aire con un extraño ruido de oleaje, una música acariciadora siempre creciente que le aturdió.

Los tiempos anunciados por Saccard desde las alturas de Montmartre habían llegado, y la gran ciudad, dividida á sablazos, llenábase de escombros y desaparecía bajo una capa de yeso. Aristides se vió comprometido en un negocio de la calle de Roma, muy delicado, del cual salió á flote gracias á su hermano Eugenio que pudo intervenir á tiempo. En Chaillot ayudó á desmontar al cerro y terraplenar con él una hondonada para que pasase el bulevar que va desde el Arco de Triunfo al Puente de Alma, él fué quien ideó por el lado de Passy esparcir los escombros del Trocadero sobre el llano, de modo que la tierra firme y buena se encuentra hoy á dos metros de profundidad, y ni la hierba crece sobre aquellos escombros. En un

mismo día visitaba los trabajos del Arco de Triunfo, del bulevar San Miguel, los terraplenes de Chaillot, llevando tras sí un verdadero ejército de operarios, alguaciles, accionistas, tontos y pillastres.

Pero su mayor galardón era el *Crédito Vitícola*, que había fundado con Tontin-Laroche, director oficial del mismo, en el cual aparecía como individuo del Consejo de Vigilancia. Gracias á Eugenio autorizó el Gobierno la compañía y la vigiló con extrema benevolencia, protegiéndola hasta tal extremo, que en cierta ocasión crítica y con motivo de las censuras de un periódico, llegóse á publicar en el *Monitor Oficial* una orden prohibiendo toda discusión acerca de una casa tan respetable, patrocinada por el Estado.

Los negocios que realizaba el *Crédito Vitícola* eran excelentes; prestaba á los cultivadores hasta la mitad del valor de la tasación de sus propiedades, garantizando el préstamo con la hipoteca de las mismas, y recibía de los deudores los intereses acrecentados con el beneficio de la amortización. El mecanismo no podía ser más prudente. Merced al formidable impulso que con solo esto le dió su director, el *Crédito Vitícola* adquirió bien pronto reputación de solidez y prosperidad.

Cuando empezaron, y para lanzar de una vez en la Bolsa cierta cantidad de acciones recién corta-

das de los libros talonarios y darlas el aspecto de títulos que ya hubieran circulado mucho, tuvo Saccard la ingeniosa ocurrencia de hacerlas pisotear y arrastrar por el suelo, durante toda una noche, por los mozos de la oficina armados de escobas.

Estas oficinas semejaban por su aspecto un Banco, con su ancho pórtico, monumental escalera y su ejército de empleados y lacayos con libreas. Nada, sin embargo, producía en el público impresión tan grande como el santuario, la caja, á la que conducía un corredor de sagrada desnudez, y donde se destacaba el cofre de hierro, el día embutido y pegado al muro, hinchado y dormido con su triple cerradura, sus gruesos costados y su aspecto de divino bruto.

Aristides preparaba un bonito negocio con el Ayuntamiento, el cual, empeñado y agobiado por su deuda, se veía arrastrado en aquel baile de millones que había puesto en danza.

Para llenar ciertos bolsillos y halagar al Emperador, veíase obligado á hacer disfrazados empréstitos, sin querer confesar la fiebre que le poseía. Había creado por entonces lo que llamó bonos de delegación, verdaderas letras de cambio á larga fecha, para pagar con ellas á los contratistas el mismo día en que se firmaban los contratos y facilitarles así el medio de hallar fondos, negociando aquellos bonos.

El *Crédito Viticola*, había aceptado semejante papel de los contratistas, y cuando el Municipio no tuvo dinero, Aristides se prestó á adelantarle una cantidad sobre una emisión de aquellos bonos que Tontín-Laroche aseguraba haber adquirido de las compañías concesionarias. Así el *Crédito Viticola* se hizo invulnerable, teniendo á París entero cogido en sus redes. Su director hablaba sonriendo de la *Sociedad general de los puertos de Marruecos*, que aun vivía, y los periódicos seguían ensalzando.

Tontín-Laroche animó cierto día á Saccard para que tomase acciones de aquella sociedad, y éste, echándose á reir en sus barbas, preguntóle si le creía tan imbecil que colocase su dinero en la compañía general de *Las Mil y una noches*.

Bien pronto aquel agiotaje no bastó á satisfacer las ansias de Saccard, desdeñando recoger el oro que los Gousad y Tontín-Laroche dejaban caer, y metió las manos hasta el codo, asociándose con los Mignon, Charrier y compañía, aquellos famosos contratistas que empezaban entonces, y habían de hacer luego inmensos capitales.

El Municipio cedía ya los boulevares por contrata, comprometiéndose las compañías á entregarle la vía terminada construida, con árboles, bancos y faroles, mediante cierta indemnización convenida. A veces, se hacían estos trabajos casi

por nada, considerándose recompensados con creces, con los terrenos que al rededor quedaban.

Mignon y Charrier que al comienzo fueron creaciones de Saccard, se reían viendo los lujosos trenes de este, vistiendo generalmente sus blusas y no rehusando alternar con los obreros y volviendo á sus casas sucios de yeso.

Si Aristides impulsó el negocio de los dos contratistas, con su marcha pausada y su administración rutinaria, salváronle muchas veces de fracasar. No quisieron establecer soberbias oficinas ni construir un espléndido hotel como el de Saccard. Tampoco aceptaron los negocios que se derivaban del suyo, como eran, la construcción de casas de baños en los terrenos adyacentes, caminos de hierro, galerías de cristales, etc., que hiciesen duplicar el valor; para cortar de raíz estos proyectos que les espantaban, decidieron repartirse entre los tres socios los terrenos anejos, y que cada cual hiciese lo que quisiera con su parte.

Aristides edificaba en los suyos y removiendo los capitales, no tardó en reunir ocho casas sobre los nuevos boulevares. Cuatro estaban ya concluidas, y se levantaban dos en el bulevar Haussman y las otras cuatro en el de Malesherbes.

Eran por aquella época tantísimos los negocios y empresas en que se veía metido, que sin que-